



17/6/69

la página de SERGIO VODANOVIC

MAGINEMONOS —y me doy cuenta de que estoy exigiendo un esfuerzo imaginativo que venza a la lógica— que un crítico teatral tan insatisfecho del talento y la capacidad histriónica de un actor procediera a impedir la entrada del actor al teatro donde él trabaja, arguyendo que lo hace mal, que su actuación no le interesa y que lo mejor que puede hacer es irse a su casa y dedicarse a otra actividad.

Tal hecho sería necesariamente considerado como abusivo, habría unanimidad para estimar que nadie puede impedir a otro que desempeñe su profesión y el actor así maltratado, junto con contar con la adhesión de quienes hubiesen tenido conocimiento del incidente, podría reclamar a los Tribunales de Justicia por habersele impedido el ejercicio de su trabajo y de su expresión, lo que en Chile, como en todo país democrático, está garantido por la Ley Fundamental, la Constitución Política del Estado.

El hecho, por insólito y absurdo que parezca, se ha producido. No en la forma relatada, sino a la inversa. Han sido actores los que han impedido a un profesional periodista que asista, pagándose su entrada, a un espectáculo público que ellos ofrecen. Para hacerlo, se re-

currió a la obstrucción física y a la provocación de un escándalo que la medida del periodista evitó.

Lo ocurrido podría ser considerado pintoresco si la torpeza con que se actuó no involucrara un daño inmenso, que sobrepasa a los protagonistas del incidente, para recaer en la actividad teatral chilena.

PARECE ocioso recalcar la precariedad en que se desenvuelve el teatro en Chile. Años de esfuerzo, de talento derrochado, han permitido que el teatro ocupe un sitio de relativa importancia en nuestra vida cultural. Para ello, ha sido indispensable contar con la aceptación de la prensa. Cuando los teatros universitarios iniciaron la tarea de crear en Chile un público teatral, era raro el diario o la revista que contara con un crítico de teatro. Pero la función creó el órgano. Y si bien todavía existen publicaciones que estiman que no es necesario informar a sus lectores de un estreno teatral, los órganos más importantes de expresión cuentan con un redactor especializado.

Es cierto que aquí —como en cualquier otro país— las relaciones entre la gente de teatro y sus críticos no son cordiales. En los corrillos, unos a otros se acusan de ineptitud. Es natural que así sea. La recompensa que nuestra sociedad ofrece al hombre de teatro no es el dinero. Nadie se hace rico en el teatro, y lo más que puede esperar el actor es el reconocimiento público a su talento. Cuando él se escatima, con o sin razón, el actor se siente defraudado en lo único a que puede aspirar.

Pero un teatro no puede desarrollarse sin la existencia de actores, como tampoco sin la existencia de críticos que informen al público de la actividad de aquéllos. Buenos o malos, actores y críticos deben entregar su cuota para que el teatro exista.

LOS ULTIMOS años han sido malos para el teatro. Diversas circunstancias así lo han permitido. Una ha sido la popularización de la televisión, que ha restado de las salas teatrales un importante contingente de público.

Otra han sido las diversas alternativas de la crisis universitaria, que han repercutido en las dos instituciones de mayor importancia en nuestro movimiento escénico. Para ilustrar lo anterior, bastaría recordar los pocos días de funcionamiento del Teatro Camilo Henríquez el año pasado y la interrupción —por huelga del personal administrativo de la Universidad de Chile— de las representaciones de "Vlet-Rock", justamente en el momento en que la obra principiaba a ganarse su público.

Pero tal vez la razón más importante ha sido la falta de agilidad y de perspicacia de la gente de teatro en Chile para adaptarse a las nuevas condiciones y crear un teatro vital, que atraiga a los espectadores y los haga sentirse identificados con lo que en el escenario se representa.

El cojo le echa la culpa al empujado. Y nada más fácil que culpar a la crítica, que, en definitiva, expresa en cierta medida la opinión del público, de este retroceso del interés por el teatro.

EL INCIDENTE del Petit Rex tiene todas las características de un mal paso, que puede tener repercusiones bastante dañinas, porque, naturalmente, las distintas organizaciones periodísticas ya han solidarizado con el crítico teatral gratuitamente vejado y, por otra parte, habrá personas e instituciones del campo teatral que solidarizarán con la Compañía del Petit Rex.

Y si el conflicto se generaliza, por cierto que habrá un solo perdedor: el teatro chileno.

Pero bien podría suceder que este incidente, que indica que "algo huele mal en Dinamarca", sirviera para que espíritus más sensatos y menos exaltados llamaran a la reflexión y detectaran cuáles son los males que efectivamente padece el teatro chileno, se buscara la forma de superarlos, en una acción mancomunada de todos los que desde el escenario o la platea trabajan para el teatro.

Para ello sería necesario principiar por reconocer que el problema no incide ni en una crítica, ni en una obra ni en una actuación teatral en particular.

¿Será mucho pedir?

UN MAL PASO